

de la Encarnación del Verbo, que, según el oráculo de Isaías, debía nacer de una virgen. Nada más á propósito para conseguir este fin que ocultar bajo el velo de un matrimonio ordinario el nacimiento virginal de Jesús. Bajo el punto de vista de la regeneración humana, convenía que en María fuese realzada y santificada la condición de esposa, así como había sido rebajada y manchada en Eva. Ultimamente, bajo el punto de vista de la Iglesia, grande objeto de las esperanzas divinas, viniendo á ser fecunda la virginidad de María hasta el punto de dar á luz un Dios, presagiaba la fecundidad de los vírgenes de uno y otro sexo que harán renacer á Jesús en tantos millares de corazones.

¿No nos basta todo esto para conocer la sabiduría divina? María fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad. Virgen antes, durante y después del parto de su divino Hijo, "su primer nacido," y su único, vino á ser la inspiradora y el modelo de todas esas almas generosas que renunciaron á los justos goces de este mundo para caminar libremente por las vías de la perfección, avasallando los sentidos y viviendo como los ángeles en una carne mortal. María, siendo esposa y viviendo virgen, enseña á los esposos á vivir temiendo al Señor y conservando la más estrecha unión; María, madre á un mismo tiempo que esposa y virgen, es modelo de madres y protege con su amor, que la gracia hizo sobrenatural y todopoderoso por la gloria, la inocencia de las vírgenes, la castidad de las esposas y la ternura de las madres.

Esto, que es un misterio social, nos da á un tiempo mismo una lección de virtud.

Dios crió á la mujer para dar al hombre una compañera semejante á él; la crió virgen y la hizo esposa. Pero en vez de ayudar á Adán, Eva le tendió un lazo funesto y le arrastró á rebelarse contra Dios. Fué madre y sólo dió á luz hijos culpables de un crimen hereditario; al darnos la vida nos dió juntamente la muerte. Vos ¡oh María! fuisteis la escogida para rehabilitar su sexo. Por esto sois la patrona de las vírgenes, de las esposas y de las madres. Por esto es por lo que, por secreto instinto y por un impulso universal de la gracia, las vírgenes, las esposas y las madres son las que más os aman. Oh María, dos veces inmaculada, sostenedlas por bien de todos á la altura de la regeneración cristiana. El hombre, que es el jefe de la familia y el que gobierna á los pueblos, es el que debe procurar el triunfo de la religión. Desgraciadamente arrastrado por su ambición y su deseo de gozar se olvida con harta frecuencia de un deber tan sagrado. Si no hubiese en la tierra más virtud que la de los hombres, pronto se rompería el equilibrio que existe entre la justicia y la misericordia. Por fortuna la paternal sabiduría de Dios ha previsto esto. Mientras existan en las naciones personas que conserven su virginidad; mientras se vea á las esposas cumplir fielmente con los deberes religiosos que su estado les impone, y á las madres desempeñar debidamente la dulce misión que la maternidad exige de ellas, jamás caerá la sociedad hasta el último grado de su abyección. Hasta las revueltas políticas son de corta duración cuando tienen por objeto destruir el orden social y especialmente la religión. La historia nos lo demuestra todos los días.

Dios ha permitido que obre la mujer sobre el hombre en la regeneración del mundo, porque tiene más pureza de corazón, y su pureza es el aroma que nos salva de la corrupción del mundo; inmensa es la acción que ejerce en el cristianismo. Virgen, edifica, instruye á los niños, consuela á los desgraciados, alimenta á los pobres y corrige los vicios; esposa, hace que su compañero practique la religión, y si la desocida lo vuelve á ella; madre, forma generaciones cristianas. Oh Dios mío, infinita es la sabiduría que brilla en vuestras obras todas y María no es sino un reflejo de ella.—(Monseñor Pavy, Obispo de Argel).

ARTÍCULO V

PLÁTICA VIII

EL CULTO DE MARÍA Y NUESTRA NECESIDAD DE AMAR.

Hoy veremos el culto de María bajo un nuevo aspecto; bajo el punto de vista de la práctica. Después de haber examinado las bellezas de este manantial de gracia, veremos cómo se derrama sobre los hombres para satisfacer su sed y llenar el vacío de su corazón.

Tres son las necesidades más grandes del hombre en la tierra: Amar, Esperar y Poder conseguir el objeto de su amor y de su esperanza. Nos ocuparemos ahora del amor en su relación con el culto de María.

¿Debo comenzar por deciros lo que es el amor? Sí, porque esta palabra, como todas las que están en todos los labios y en todos los libros, significa tantas cosas, que casi podremos decir que ha dejado de tener una significación propia. No es el amor, hermanos míos, esa pasión vulgar é impetuosa que más bien trata de gozar que de sacrificarse, que mejor quiere degradar que elevar el objeto de sus deseos; ese tirano egoísta y caprichoso que está siempre dispuesto á imponer su dominio y nunca á sufrir el martirio. Ese amor, hermanos míos, no es sino un

lobo rapaz que se cubre con la piel del cordero para devorar su presa. No es ese, no, el verdadero amor, sino el que viene del cielo y nació de María, como ella misma lo confiesa: *Ego mater pulcræ dilectionis*. El primero es hijo de la naturaleza; el segundo de la gracia. Sólo María puede dar este último, al que se da tan justamente el título de *amor hermoso*. Ella lo posee entero, porque es á un tiempo la hija, la madre y la esposa de Dios, es decir, la hija, la madre y la esposa del amor. La hija del amor, sí, porque Dios es todo caridad: *Deus charitas*. ¿Puede dar á su hija otra cosa que no sea su substancia, su caridad y su amor? Así como Dios es en el cielo el padre del amor, así también María es en la tierra la madre del amor. ¿Puede admirarnos esto, hermanos míos? ¿Pueden dejar de ser entrañas de amor aquellas en que reposó durante nueve meses la caridad de Dios? ¿No debió comenzar por arder en amor á su madre el que quería inflamar de amor á la tierra toda? *Ignem veni mittere*, etc., María es á un tiempo hija y madre del amor, y por esto está más llena de caridad que otra criatura alguna; grande fué la comunicación del fuego divino que recibió en su unión con el amor substancial de la Trinidad con el Espíritu Santo su esposo!

Dios quiso dar á Adán una compañera semejante á él: *Adjutorium simile sibi*. ¿Cambió de designio cuando se trató de su propio Espíritu? No podemos menos de creerlo y la conclusión es terminante: María es todo amor. El amor es un fuego, y semejante á su Hijo, María no desea sino derramar ese fuego que necesita el corazón, ó por mejor decir, Dios es quien derrama el fuego en el mundo y se hace amar por conducto de María: «Algunas veces dicen algunos: que quieren amar á Dios, pero que Dios no es sensible, que no podemos ni representarnos su imagen mientras que nuestro corazón necesita lo *sensible* y nuestro amor un alimento *palpable*.» Este deseo de la natu-

raleza tiene algo de verdadero. Dios lo comprendió así y por esto nos dió el culto de María. ¿No veis cuán áridas y frías son esas pretendidas religiones en las que no se cuenta con María? En todas ellas hay raciocinio, pero carecen en lo absoluto de ternura; no hay en ellas corazón y su vida se extingue. Y lo notable que hay en esto es que ninguno de nuestros enemigos lo conoce. Echan en cara á la religión católica que sofoca el corazón y no le deja desarrollar sus sentimientos, lo que equivale á decir que el jardinero mata el árbol cuando le corta las ramas que le perjudican é impiden que se haga frondoso. No es verdad lo que dicen nuestros enemigos, hermanos míos; no es cierto que la Iglesia católica oprime los corazones; lo que hace es salvarlos de los goces egoístas á que se inclina, los eleva y derrama en ellos una savia purificada por la gracia en las innumerables vías de la caridad. *Sursum corda!* nos dice: remontad vuestros corazones. Pero ¿hasta dónde los elevaremos? ¿Hasta Dios? Nos parece muy elevado y lejos de nosotros, sobre todo si somos pecadores. ¿Los fijaremos en Jesucristo? Instintivamente recordamos que es el Dios de la penitencia, de la agonía y del Calvario, y que ha dicho: «El que quiera venir á mí, tome su cruz y sígame.» Por desgracia, hermanos míos, no hemos sabido cargar con la cruz, y no sólo no la hemos cargado sino que la rechazamos lejos de nosotros. Bien necesitamos por cierto de una madre que medie entre nosotros y este padre que está irritado. El instinto es más fuerte que el raciocinio. Recordad sino cuando érais niños; la época en que brotó de vuestra alma el primer germen de piedad para recibir con toda su fuerza el sol de la fe. ¿No es verdad que vuestras miradas se dirigieron á María, cuyo nombre fué el primero que pronunciaron vuestros labios? ¡Oh, sí! aprendísteis á balbutir al mismo tiempo que el nombre del niño Jesús el de la Virgen María. Llegados más tarde á la adolescencia, época en que

se comienza á sufrir, sin sentir os dirigisteis al altar á depositar en él las primicias de vuestros deseos y pedir á Dios que los satisficiera. Lo mismo hace hoy el mundo. Las amenazas presentes y los tiempos futuros hacen que nos dirijamos al santuario de María pidiéndole que nos socorra, y nos atrevemos á dirigirnos á Dios, cuyo enojo hemos provocado. Grandes y pequeños, pobres y ricos todos necesitamos en el cielo de una madre que oiga nuestras súplicas. No hacemos hoy sino lo que antes hicieron otros, y nada tiene esto de particular, porque la naturaleza ha sido siempre lo mismo. Para citar algunos ejemplos nos remontaremos hasta los primeros siglos. Ni hablaremos de San Ildefonso de Toledo, que habla de María como un enamorado de su novia, ni de Santa Gertrudis, que habla de ella con pasión, ni de San Bernardo que se deshacía en llanto cada vez que pensaba en María, ni de San Francisco de Asís, que era como el caballero de la soberana del cielo.

Oigamos sólo á San Francisco de Sales, pintando el amor de María:

«Yo te saludo, dulcísima Virgen María, Madre de Dios y madre y señora mía. Y te suplico que me admitas como hijo y siervo tuyo, porque no quiero más que á tí por madre y señora mía. Ruégote, pues, oh dulce madre mía, que me defiendas y dirijas en mis acciones y en mi camino, porque soy un pobre mendigo y necesito de tu protección. Cuida, pues, mi alma, oh Santísima Virgen, Madre mía, de los males y peligros que la amenazan, y haz, que como tú, sea hámilde, pura y llena de caridad.

«No me digas, oh Virgen pura, que no puedes oír mis súplicas, porque tu hijo amado te ha dado todo poder, así en el cielo como en la tierra. No me digas que no debes oírme, porque eres la madre común de todos los pecadores, y eres muy especialmente mi madre. Si no puedes oír mis súplicas, yo te excusaré diciendo: Es verdad

que es mi madre y me ama como su hijo, pero la pobre nada tiene y nada puede. Si no fueras mi madre, entónces diría yo con impaciencia: Es cierto que es rica y puede auxiliarme, pero como no es mi madre, no me quiere. Mas ya que eres mi madre, y eres poderosa, oh Virgen Santísima, ¿cómo podré excusarte si no me consuelas y me das tus divinos auxilios? Ya ves por lo tanto, Madre mía, que estás obligada á oír mis quejas y consolar mis angustias. Bendita seas en el cielo y en la tierra, oh santísima Madre mía; y por honor tuyo y el de tu Hijo, admítame como hijo tuyo sin tener en cuenta mi flaqueza y mis pecados. Libra mi alma y mi cuerpo de todo mal, y concédeme todas tus virtudes y muy especialmente tu humildad. Enríquéceme con todos los dones, bienes y gracias que sean agradables á la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.»

Tales son los sentimientos que inspira á las grandes almas el culto de María. Desde que así lo han conocido no encuentran otro placer que consideren digno de ellas, porque aspiran á merecer sentarse al lado de la Reina que han escogido y nada les arredra, ni los instintos que deben vencer, ni la lucha exterior que han de sostener. Si necesario es, dispuestos están á sufrir la muerte con tal de agradar al objeto de su amor. Ojalá nos parezcamos á ellos, hijos míos, para que podamos reinar con ellos en el cielo junto á la reina de nuestro amor.—ASÍ SEA.